ESCRITORES, PERIODISTAS Y PERIODICOS DE CALATAYUD EN SU CONTEXTO SOCIAL

por

PEDRO MONTON PUERTO

A la estelar memoria de don Vicente Martínez, don Darío Pérez García y don Justo Navarro Melero; creadores de periódicos, amantes de su pueblo, víctimas del esfuerzo y de las incomprensiones de cada día...

CUANDO se menciona, al empezar un trabajo sobre el tema, la frase de Allué Salvador que define a Calatayud como «la ciudad de las letras», o aquella otra, leída por mí inolvidablemente en una carta íntima de don Juan Moneva, diciendo que «Calatayud tiene fuero literario propio», no se recogen expresiones de mera cortesía, rasgos oportunos espumados de académicas salutaciones.

Calatayud, desde siglos que ya son base arqueológica, se configura como un rincón aragonés donde brilla, cuando no deslumbra, el ingenio literario. Marcadas corrientes de vocación en las generaciones sucesivas por esta forma de la creatividad humana, de esas generaciones nacen, a veces, obras gigantescas, y, si no, al menos, aguas vivas de inspiración constante que tienen un lejano y fecundo manantial.

Cierto es lo dicho. Calatayud, en el tiempo, de acuerdo con el censo de sus diferentes épocas y con las facilidades intelectuales encontradas en cada una de ellas, reclama, en esos odiosos pero necesarios contrastes de las comparaciones, un puesto de privilegio literariamente hablando.

Si nos trasladamos de nuestra pequeña ciudad, sin casi otros primores arquitectónicos que los logrados, a base de filigrana y ornamental geometría, entre africana y oriental, con las arcillas de nuestros cerros, y esos esculturales y duros alabastros de Fuentes de Jiloca a la capital de Europa; al menos de una Europa menos materalizada, industrial y militar que la que hoy predomina, a la capital de las Letras, las Ciencias y la Artes, a un París «ciudad luz» por antonomasia, con su oros, sus mármoles, sus perspectivas monumentales, y, sobre todo, su tránsito constante de ideas universales, nos sorprende encontrar, como friso de

la Academia, entre otros escasos y escogidos nombres de la civilización aun viva, los nombres de Marcial y de Gracián.

No deja de ser esto como una pleitesía literaria, acuñada en el reino insondable de las maravillas, del mundo trepidante por donde circula el internacional pensamiento a un lugar recoleto, calmoso, que casi sin cambios ostensibles ni revolucionadas exterioridades, ve pasar a diario las aguas cortas del Jalón, río provincial y campesino.

Pero esa maravilla se extrema, se esponja como el terrón fecundo de las tierras de este Jalón, cuando meditamos que esos dos hombres —Marcial y Gracián— tan bilbilitanos en ese concepto y que unifica y retrata en el mundo nuestro paisaje, nuestra indiosincrasia y nuestro humanismo, no son propiamente de Calatayud. El uno, ni siquiera podría ser llamado español, si apuramos ese cuestionable, polémico concepto erudito de a qué llamamos España. El otro, como todos sabéis, nació en Belmonte, eso sí, en un Belmonte que se apellida de Calatayud y descendiente de infanzones de nuestra ciudad.

Y, sin embargo, Marcial en su cerro, hace milenios, viendo desde la eminencia, con su sangre celtíbera y su habla romana, la curva del río nuestro; con su estirpe y huella resguardada entre nuestras montañas y vericuetos, desplazándose a Huérmeda, o un poco más aquí, o un poco más allá, nos deja su herencia, aguda en el decir y pastosa en el arraigo. Y si no de modo tan genial, o tan oportunamente aplicado, su epigramático sentido circula todavía entre nosotros a todas horas, en todas partes, desde el escrito con pretensiones, a la tertulia efímera y culta, o la copla redondeada y punzante de un labriego con muy pocas letras.

Y otro tanto puede decirse de ese Gracián denso y prevenido, con juicio y sentenciosidad imborrable en la Historia, que vivió aprendiendo y enseñando en Calatayud parte de su vida y a cuya población considera, sin mengua de que su cuna esté a escasos kilómetros, como la cabeza de un territorio común, un territorio que descuella en la brillantez de la inteligencia, en la prontitud del dictamen y en lo oportuno del juicio.

Preguntó Andrenio a Critilo «si acaso estaban en la Lonja de Valencia, en el Ayuntamiento de Córdoba, o en la plaza de Calatayud, que es más que todo». Y añade más adelante, completando el diálogo alabancioso de la calidad intelectual de los naturales: «Señor, por eso dicen que sabe más el mayor necio de Calatayud que el más cuerdo de mi patria».

Calatayud y su comarca, como el légamo sólido que dejan

sus ríos en toda ella en sus periódicas inundaciones, forma una unidad de origen y de experiencias, de entendimiento y de maneras. En mi ciudad estamos orgullosos de ello. Tanto da un hombre que se asoma a la Vicora o que cruza el Armantes, que aquel que vive en la Cañada o trajina por las riberas del Jiloca u otra de nuestras corrientes fluviales. Todos tienen ese aragonés bilbilitanismo de raza y condición que se cruza en las sangres y se divisa en panoramas.

Y al llegar a este punto, enfilando ya rectamente el tema, he de referirme al título de esta conferencia: «Escritores, periodistas y periódicos de Calatayud en su contexto social». Bien explica el mismo, creo yo, que no he venido a hacer un repaso de nuestros ingenios, monótona lista de abundantes nombres de valor, ni, mucho menos, a efectuar análisis críticos de sus obras. Una y otra cosa se han venido haciendo ya con abundancia, por autores más capacitados y eruditos que yo. Si algún juicio de las obras salta en estas cuartillas, como la liebre que sorprende al propio cazador, será por lo inevitable de que se levante esa pieza en coto tan bien abastado. Mi intención es situar a nuestros escritores y periodistas en el medio en el cual se desenvolvieron, y, si no digo estudiar, palabra en exceso comprometedora, vislumbrar los rasgos de ciudadanos de esos personajes singulares; proyectar rápidamente sus vidas bilbilitanas, en su inserción gozosa y bien hallada con su comunidad, o en sus tensiones y desavenenicas, amarguras y fracasos entre la misma.

Es una cosa, a mi entender, necesaria en estos tiempos, a cuya luz proliferan los estudios de esta naturaleza, siempre hasta hoy dejados un poco a trasmano cuando se trataba de aventurarse por las incitadoras parcelas de lo literario.

Lo vivo y natural del tema, tal vez podrá hacer que esta conferencia, a su final, pueda ser juzgada como irrespetuosa y atrevida. No me alegraría de ello, porque he de hacer constar muy seriamente que no me hallo aquí para lograr la fácil notoriedad que entre nosotros va alcanzando la soberbia de la audacia; pero también me apresuro a declarar que esta mi intervención no va a ser un discurso académico, y que me perdonen las academias, donde al maniquí de la patriotería se le corona de laurel empolvado.

Todas estas páginas se escribieron movido yo en lo más hondo por una fuerza humana y generosa; amando a los ilustres personajes que van a aparecer por su evocadora pantalla. Amando y comprendiendo, para que todos, no yo sólo, amemos y comprendamos más y mejor a estos caballeros andantes, con su Dul-

cinea en los ojos del alma, estrafalarios o huraños a veces, henchidos de vanidad y de frustraciones, pero caballeros de ideales siempre; aunque, como hombres con base fisiológica de su ser de caballeros, veréis que «comen, y duermen y mueren en sus camas y hacen testamento antes de sus muertes, con otras cosas» que no se hallan registradas en muchas otras páginas que se les dedicaron hasta aquí.

Expuesta la índole de mi trabajo, y puesto que en él se va a tratar del movimiento periodístico en la ciudad, tomaremos como inicio del mismo la segunda mitad aproximada del siglo XIX, en cuya época aparece la primera publicación de este tipo, titulada «El Recreo» e impresa por Celestino Coma en su taller de la calle de la Rúa. Ningún ejemplar de éste, para nosotros venerable, título hemos podido ver y lo que queda más atrás de esos ciento veinticinco años se presta poco para ser traído a estas cuartillas; ni los usos sociales, ni la condición de intelectual por entonces, tienen apenas nada que ver con lo que actualmente conocemos, ni la ciudad, en su convivencia, recuerda aquellos modos de vida.

Unicamente, en la línea de nuestro propósito, ofrecemos dos rasgos sobre las grandes cumbres literarias —Marcial y Gracián— con las cuales iniciáramos esta conferencia. Por su cualidad de cumbres, bien lo merecen; y, también por esa misma magnitud histórica, es facilísimo rastrear las dificultades de su inserción social, la contrariada humanidad que latió en sus personas.

Cuando Marcial torna de Roma, ganóso de la paz de su Bílbilis, nunca olvidada, advierte a su pequeño municipio:

«...Vuestra gloria
yo soy y vuestro honor y nombradía.
No debe más Verona a su Cátulo
dulcísimo, y no fuera más ansiosa
de entre sus hijos el poder contarme...
...Si me acogéis con amorosa entraña,
iré a morar en medio de vosotros;
mas si con frialdad me recibieréis,
habré, con prontitud, de dar la vuelta».

Pero no tardando, según se desprende de otro de sus epigramas, los ediles le ponen inconvenientes sobre una conducción de aguas que han de fertilizar su acogedor huerto de Marcela. Si los ediles obraron aplicando la ley común, hicieron muy bien;

pues no había de tener ante ella ni el propio Marcial, posiblemente «eximio escritor y extravagante ciudadano», como en cierta ocasión fue llamado desde el poder don Ramón del Valle-Inclán, más privilegios que el ferrero que aguzaba las rejas del arado romano con el que se labraba el huerto. Pero si aquellos munícipes a los que nadie recuerda, lo hicieron resentidos por algún aguijón epigramático, obraron muy mal; porque suele ser, por desgracia, histórica condición de quien se encumbra cívicamente no agradecer las alabanzas del público escritor y encolerizarse con los breves reparos, con las tildes minúsculas, con las ligeras agudezas críticas que caen sobre sus olímpicas estelas.

Por lo que se refiere a Baltasar Gracián, es sabido que chocó con el férreo tercer grado de la obediencia de la Compañía de Jesús, a la que pertenecía, establecido por San Ignacio de Loyola. Es lo que, años más tarde, les ocurrió a dos excelentes sabios y fecundos escritores: don Miguel Mir y mi lejano pariente político don Julio Cejador y Frauca. De la fe y costumbres de Gracián no nos es lícito dudar. Pero quien escribió: «Tanto es uno cuanto sabe y el sabio todo lo puede. Hombres sin noticias, mundo a oscuras», puede calificarse con certeza como un avaro del saber; y, leyendo el resto de su obra, como un lujurioso de la agudeza y del ingenio. Sobre ese aspecto indisciplinado de la vida de Gracián se ha escrito mucho y con mucho sectarismo; desde algún lado se le ha querido presentar como un pequeño incidente; desde el otro como un motivo de inhumana y continuada persecución. No nos interesa entrar ahora en polémica ni nuestro bagaje científico es poderoso a sostenarla. De lo que sí estamos convencidos es de que Gracián añoró siempre, recomiéndose por dentro, reconcentrándose en su sabida amargura, la libertad intelectual de la tertulia oscense de Lastanosa; aquel erudito conocer, el estimulante intercambio emulador para crear, la concurrencia donde lucir y desarrollar. Y, desde dentro de la Orden, y en su época, ese jactancioso, personal diríamos, «tanto es uno cuanto sabe y el sabio todo lo puede», abierto junto a la sencilla página evangélica donde se alaba a Dios «que enseñó esas cosas a los humildes y las ha ocultado a los soberbios» —acumulado con otros muchos escritos del jesuita y su rebeldía para seguir, aunque fuera con pseudónimo, en sus publicaciones— debió resultar altamente sospechoso para la jerarquía a la que debiera someter sus ideas.

Mas volvamos a la edad contemporánea donde nos vamos a encontrar, de entrada, con otro clérigo que tuvo su importancia para Calatayud. El sacerdote secular don Vicente Martínez,

con casona solar en las inmediaciones de la plaza de Santa María. Con aquella, que aún se halla en pie, aunque maltratada por los años, fundó a su muerte un Patronato benéfico-docente por mediación del cual se instalaron en el inmueble, después de haberlo hecho por algún tiempo los Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María, los Hermanos Maristas, quienes dejaron huella imborrable en la educación de varias generaciones de jóvenes de la ciudad y de la comarca; y donde también estudió —muy poco y muy mal, por cierto, aunque no fuera culpa de los buenos Hermanos— la primera enseñanza quien tiene el honor de dirigiros la palabra, bastante sorprendido en su inocente abrirse al mundo cuando leía en todos los cuadernos «Colegio de don Vicente Martínez», sabiendo que quien mandaba allí era el director, don Ignacio Garmendía. Don Vicente Martínez era para mí un personaje misterioso, que nunca nos visitaba ni en ocasión de exámenes, ni firmaba notas ni recibos. Don Vicente Martínez le hizo pensar mucho a mi curiosidad infantil, llena de perplejidades. Y habrá que creer en premoniciones o parapsicologías; porque aquel don Vicente Martínez, cuyo nombre nebuloso tanto se agarró a mi alma virgen, sin atreverse a preguntar por su vida y milagros, puede considerarse el verdadero fundador del periodismo en la ciudad. En marzo de 1877 impulsa el «Diario de Calatayud», de ideas muy religiosas y conservadoras, que se tira en la imprenta de La Hoz y Compañía, en la subida del Reloj o plaza de San Miguel, donde ahora existe un edificio relativamente moderno, réplica del aragonés clásico, que todos los bilbilitanos conocemos como «casa de Lahoz». El señor La Hoz vivía en el mismo inmueble que ocupaba la imprenta en sus bajos y fue el alma de la publicación a lo largo de muchos años.

En el año 1882 «Diario de Calatayud» entra en una nueva etapa. Su subtítulo «de avisos y noticias» se amplía con la frase «eco de la comarca bilbilitana». Se aumenta el tamaño de las páginas y sus antes pobres e iguales anuncios adquieren un más llamativo carácter de reclamo. Y, cosa importante, con el nuevo formato inaugura una «Hoja Literaria», a publicar los días 1 y 16 de cada mes.

De entre sus variados colaboradores surge un nombre rutilante de las penúltimas generaciones de literatos bilbilitanos: el de don Juan Blas y Ubide. Tan monárquico era que emigró a Francia por no prestar servicio militar a la primera República; y en Bayona consumió un exilio al que, por una bandera u otra, tan acostumbrados estamos los españoles. A su regreso a España, tras pasar algunos apuros económicos, su pariente y correli-

gionario, el famoso jurisconsulto don Andrés Blas y Melendo (cuyo nombre lleva una de nuestras calles y que figura en la «galería de bilbilitanos ilustres» del Ayuntamiento), Fiscal de Imprenta a la sazón, que era como decir el encargado de perseguir los delitos que se estimaban cometidos por ella, le dio en su covachuela lo que ahora llamaríamos «un enchufe». No reprochemos a don Juan su aceptación ni en lo económico —el hombre necesita vivir— ni en el oficio censor más o menos modesto que, al aire del siglo XIX, le correspondiera, si es que no actúó como mero chupatintas o copista. Si llegó a ser censor, al fin y al cabo no hacía más que servir a sus ideas, tan gallardamente manifestadas siempre aun en su perjuicio, y a lo que él creía el bien de la patria.

El Fiscal de Imprenta, nuestro ilustre paisano don Andrés Blas y Melendo, era la pesadilla de la Prensa de oposición. Podía, a la primer falta contra los draconianos decretos vigentes, suspender al periódico durante ocho o quince días al principio, y acaso definitivamente a la tercera falta. El Fiscal seguía, con una atenta suspicacia por definición, los escritos periodísticos. Por eso «Clarín» es buen testimonio de la época cuando en un artículo de réplica, dice: «No me ha comprendido el señor P... y es sin embargo preciso que me entienda con medias palabras para que el Fiscal no venga a terciar en el debate».

Don Juan Blas y Ubide, una vez instalado en Calatayud, además de sostener un acreditadísimo bufete y de desarrollar una meritoria e inolvidable actividad docente, hizo carrera política. Llegó a lo máximo a que puede aspirar un ciudadano: a ser el alcalde de su ciudad. Un alcalde eficaz, un alcalde entregado. En nuestras plazas se conservan árboles colocados bajo su mandato. Y es conmovedor recordar que, a veces, abandonando sin solemnidades su alta poltrona, subía a la todavía más alta escalera del podador para dar instrucciones prácticas a los modestos servidores del Municipio. El, entre otras cosas, creó la «galería de ilustres» a que nos hemos referido, donde luego figuró también, con todo merecimiento, su retrato, y el de su protector y pariente, ya que en la inauguración don Juan tuvo el buen gusto de no incluirlo.

Pero Blas y Ubide era un escritor de cuerpo entero y en tal sentido viene a estas páginas. En 1877 publicó una «Guía de Calatayud» que iniciaba entre nosotros este tipo de obras documentadas y divulgadoras. Había hecho traducciones poéticas del francés, durante su vida en aquel país, y publicado multitud de poesías (además de un tomo titulado «Páginas en verso»),

crónicas y cuentos aragoneses (recogidos algunos de éstos, con poca fortuna, en el libro «Las Caracolas»). Pero es ya bastante más que mediado el camino de su vida, cuando emprende las tareas de novelista que fueron, en definitiva, lo más valioso y perdurable de su labor de literato. López Landa describe así este despertar tardío: «la causa ocasional de que pudiera manifestarse en don Juan esa inesperada vocación fue la lectura de la novela de López Allué «Capuletos y Montescos». Fue una determinación resuelta, que surgió de improviso al acabar de leer esa obra, en que, de modo magistral e insuperable, se estudian, se decriben los paisajes y los tipos del Alto Aragón... Blas y Ubide, al terminar, emocionado, la lectura de «Capuletos y Montescos», pudo exclamar: «Esto también lo hago yo. Nuestra comarca tendrá quien la describa.»

Y lo hizo muy bien, en las dos únicas obras de este género que se editaron, «Sarica la borda», en 1904, y «El licenciado de Escobar», en 1905. Luis Horno Liria, que es cita de garantía, las juzga así: «la lección que inicialmente nos da... don Juan Blas es la de su sencillo realismo. Escritor no profesional, quiso pintar las cosas que veía y sentía, y las describió directa e impulsivamente tal y como las sintió. Las sintió hondamente. Las vio con fiel exactitud. Cuando Blas y Ubide describe lo que ve, lo que vive a su alrededor, lo que siente él mismo cuando como sus paisanos siente y razona, su relato es sobrio, ajustado. Su pluma corre movida por un sentimiento auténtico, y resultan de ello páginas que hoy, cincuenta años después de haber sido escritas, retienen nuestra atención y serenan nuestro espíritu. Tal le sucede siempre, siempre, cuando describe el paisaje de estas tierras. Tuvo don Juan que haberlas amado mucho para saber describirlas así... En la no larga serie de nuestros novelistas, Blas y Ubide es... uno de los más auténticos, de los más sólidos».

Este es el juicio a distancia de Horno Liria. Grandes críticos sus contemporáneos también fueron en extremo favorables a Blas y Ubide. Los finales de los volúmenes que recogen «El licenciado de Escobar» y «Las Caracolas», van plagados de opiniones de ilustres periodistas, respectivamente, sobre «Sarica la borda» y sobre «El licenciado». Mas permítanme descubrir el secreto, revelador de la miseria de la vida literaria y de las dificultades en que se desenvuelve quien cultiva las letras: Don Juan Blas difundía muchas críticas, que se escribía él mismo, entre periódicos que le eran afectos y comentaristas amigos, evitando que demorasen la lectura de su libro o que ésta no se

produjera o se efectuase mal, ahorrando tiempo y vigilias a los destinatarios. Pero esa su picardía de experto, y tal vez escarmentado, autor, puede también mostrarse como un talón del buen crédito que su solo nombre intelectual merecía entre los colegas que sabían lo bastante de su persona.

Pese a las buenas, y aún superiores, críticas, espontáneas unas y facilitadas diestramente otras, las novelas se vendían muy poco. Ni en lugares alejados de nuestras costumbres, ni siquiera en la ciudad, donde las fábulas podían tener el encanto fácil de lo vivo y próximo, se alentó a don Juan por el público. El autor, cuando comenzó a novelar, calculaba que muy bien podría dar a la estampa unas veinte novelas; novelas que hoy, a juzgar por las cortas muestras y descontando los naturales altibajos que pudieran producirse en una extensa producción, podrían ser el collar literario, ornato y gala, de nuestro trabado territorio comarcal. Y don Juan, tan realista en la vida como en la obra, renunció a editarse ésta, tirando pródiga y vanidosamente un dinero que ganaba, como cada cual, en mejor pagados esfuerzos cotidianos.

Medio siglo después de su económicamente mal parada aventura de novelista, daba pena contemplar, en los grandes desvanes de su casa, los muchos cajones sin abrir, como llegaron de la imprenta, que contenían intactos ejemplares mientras otros de éstos, desparramados entre el polvo, despegadas por la humedad las hojas de sus encuadernaciones en rústica, eran como juguetes del viento que entraba por los ventanales en el otoño de una melancólica alameda de papel impreso, que antes conociera un bullir primaveral de ideas.

En los últimos años de su vida, cuando se le proponían algunas empresas, cuando se le mencionaban ciertas cosas de la ciudad, decía, a veces, con desdén: «no me hable usted de este pueblo». Era como la defensiva resentida del amador total, del que disimula y sufre que se ha sentido desdeñado. Don Juan Blas y Ubide llegó a lo más alto en la política local y en el prestigio de su profesión. En la ciudad fundó, escribió, publicó... Y al publicar se labró una fama de escritor más de oídas que de cercano y efectivo aprecio, más de admiraciones mostrencas que de calor estimulante y de comunicación entre los suyos.

* * *

Otro colaborador de la «Hoja Literaria» del «Diario de Calatayud», también abogado notable como Blas y Ubide, reclama nuestra atención: don Ramón Ortega y Micheto.

Situado políticamente todavía más a la derecha que su colega —lleno de ímpuetu joven había servido en las filas románticas del Pretendiente don Carlos, creo que como oficial— no podemos decir que fuera precisamente un escritor profesional; muy pocos de los que por aquí están desfilando lo fueron, pues ni entonces ni ahora es posible vivir en mi ciudad del primor o desparpajo de una pluma. Pero don Ramón Ortega y Micheto tiene perfectas razones para ser incluido en nuestra nómina, como autor de artículos principalmente, de cuentos y otros menudos ejercicios literarios; hombre de vocación humanística y erudita a quien su inquietud intelectual, tal vez no muy definida, le deparó el hallazgo de la partida de bautismo del autor de «El Criticón», copiada del folio 17, tomo I de bautizados de la parroquia de Belmonte —documento en el cual, seguramente por error, se llama al jesuita «Galacián» en lugar de con su verdadero apellido— dicen que también publicó algunos libros sobre Derecho.

Residió durante muchos años en la actual plaza de Costa y a cuatro pasos de la casa de don Ramón Ortega se encontraba aquella en que yo vine al mundo. Recuerdos tengo, más por precisiones de mis padres que por nitidez de mi memoria, de haber distraido con ese encanto que tienen los pequeños, sobre uno de los bancos de la plaza, algunas de las horas monótonas y decadentes del anicano que vivía en un hogar sin niños.

Eran aquellos tiempos de gran melancolía para él. Su carrera brillante le había proporcionado mucho dinero. He oído hablar de pleitos y testamentarías que le dejaban ocho, diez o veinte mil duros de aquellos de finales y principios de siglo. Pero toda aquella verdadera fortuna, ganada en los tiempos prósperos y activos, desaparecía al llegar a las manos de don Ramón de forma misteriosa. Nadie se explicaba satisfactoriamente el hecho, pues la familia únicamente se componía de su virtuosísima esposa, y el matrimonio que formaron no se distinguió por el despilfarro ostentoso ni el boato sensacional. Es posible que don Ramón ofrendase a sus ideales políticos, tan intensamente sentidos, el caudal que con ciega confianza en el porvenir llegaba a sus manos trabajadoras; es hasta posible, aunque indiscreto, pensar que en la vida privada de equel hombre familiarmente sin hijos hubiese alguna fisura por la que escapaba el capital adquirido, fisura que pudiese ser tan ilusionadora y fragante, en el corazón de aquel hombre apasionado, como la proporcionada por el ideal de la política.

El hecho cierto es, que en la época en que don Ramón me

tomaba en sus brazos, el abogado-escritor, sujeto a su bufete —ya pobre, triste y frío— como un galeote, esperaba en él al cliente modesto, la consulta del lugareño litigioso y cazurro —quien atraído por la que casi pudiéramos llamar fama póstuma del letrado, acudía solicitando su consejo— para con las cuatro, cinco o siete pesetas en que tasaba el breve servicio, despachar a la sirviente a por la compra del día.

A la muerte del escritor los libros de su biblioteca se vendieron para pasta de papel. En carretillas los llevaron a su condena. Allá iban, confundidos con publicaciones locales que hoy serían reliquias de un pasado nuestro del que apenas quedan vestigios, los volúmenes de Derecho, algunos con la venerable vestidura de su rugoso pergamino; los tratados de la especialísima materia foral, orgullo de nuestros jurisconsultos; las obras literarias o políticas que fecundaron el espíritu culto y fogoso de Ortega, quien les precediera en su despedida de este mundo. El también abogado de grato recuerdo, y en cierto modo su discípulo, don Carmelo Clemente, que fue testigo casual de aquella apesadumbrada saca, pidió al mozo de cuerda encargado del transporte un libro cualquiera como recuerdo. E, indiferente, el hombre le dijo que eligiera entre aquel montón de textos desahuciados a los que la habilidad forense de quien fuera su propietario no pudo librar del indiscriminado auto de fe...

* * *

1890 marca una nueva era en la vida, podemos decir que ya veterana, del «Diario de Calatayud». Comienza otra vez numeración; y, suprimiendo la coletilla «de avisos y noticias de interés general», se declara abiertamente «periódico católico, eco de la comarca bilibilitana». En 1891 —de nuevo con estreno de numeración que ya es la cuarta, y suprimiendo toda referencia a la época a que pertenece— el «Diario» da un paso más y se presenta como «periódico católico-tradicionalista», insertando en letras más pequeñas el lema «Dios, Patria y Rey» y dando espacio en su cabecera a unas frases del Manifiesto del caudillo exiliado a quien —prudentemente y con reverencia— aluden los periódicos fieles con una R mayúscula seguida de dos puntos.

¿Qué había pasado? La pluma franca de don Juan Manuel Floría, jefe tradicionalista de los distritos de Calatayud y Daroca, a quien el genio satírico de sus paisanos, caricaturizando su imagen impresionante, propensa al exceso, de hidalgo guerrillello romántico de la Tradición, arrancado de una página vallein-

clanesca, denominaban «El General», nos lo aclaró bastantes años más tarde: «Ciertamente —decía— si es Orden del Rey, no queda otro remedio que obedecerla; pero, ¡Señor! en el año noventa y uno nos impusieron en la misma forma que hoy al candidato dignísimo don Pablo Morales, que vino a Calatayud con don Francisco Cavero (p. d. e. p. d.) y con don Salvador Morales. Todos nos dispusimos a trabajar, ya que se nos hablaba en nombre del Rey. Recorrimos el distrtito y todos los que algo valían nos dijeron que era imposible el triunfo, y, en efecto, tan sólo obtuvo 800 votos, dando el triunfo al republicano, que ganó por 50. Y no hay que decir que no trabajamos con esfuerzo; pues como dijese don Salvador que, si dispusiese de un periódico, triunfaría su hermano, al momento compré yo mismo para dos años el «Diario de Calatayud» que al día siguiente salió disparando bala rasa contra nuestros enemigos y llamando y alentando a los carlistas; y el resultado fue que, yo, que no sentí los miles de pesetas que gasté, como nunca me dolieron en pro de la Bandera que juré defender, hube de sufrir que a mí y a los nuestros nos cantaran el trágala, más que como a vencidos, como a ridículos».

Pero no nos mostremos excesivamente severos por este giro interesado del «Diario de Calatayud», ya que en su nueva postura apenas había tenido que remover unos ideales propios, aunque nunca hasta entonces tan combativamente los manifestase.

* * *

Y puesto que nos hallamos hablando de aquel período francamente tradicionalista del «Diario», ocupémonos de otro extraordinario colaborador de sus páginas, sellado con ese cuño político, que llegó, con gran lustre, a ser académico de la Lengua: don Valentín Gómez.

No fue bilbilitano de nacimiento, aunque por tal se le tuviera vulgarmente e incluso haya libros que así lo consignan, como el muy práctico de Castán Palomar «Aragoneses Contemporáneos». Fue, según el escrito de Ricardo León dedicado a su homenaje, «caballero andante de la Tradición». Con ello tenemos una nota social muy distintiva de este prócer literato a quien, sin retorcer demasiado el cuello de la verdad, podemos considerar como una de las grandes figuras dadas al periodismo por mi ciudad.

Venido al mundo en 1843 en Pedrola, pronto se trasladó a ella y en ella comenzó sus estudio, continuados en diversas poblacio-

nes. Entre sus correligionarios más extremados y leales a su credo de Calatayud, nunca contó con excesivas simpatías, tildándolo de demasiado acomodaticio en su interés personal, pese al tono de sus escritos, a su buena relación con las reales personas proscriptas y a su gran influencia dentro del campo del Partido. Incluso se le cargaba en cuenta la muerte de tres carlistas —cuyas tumbas creo recordar haber visto en nuestro cementerio— caídos en defensa de la candidatura para diputado del escritor en las elecciones de 1869, y se le llegó a decir que no se hizo merecedor de ello.

No entramos en estos dimes y diretes políticos que se fueron recociendo sobradamente en el horno de las pasiones de campanario y que además no hemos vivido; pero, a fuer de veraces, hemos de consignar que don Valentín murió de gobernador civil, cargo de designación del poder y no de elección mediante voto, el año 1907, en La Coruña, cuando sus carlistas todavía continuaban en la oposición.

Periodísticamente hablando, don Valentín Gómez fue una eminencia de su época polémica, discursiva y apelmazada de letra impresa. Todo ello le supuso honores y ventajas a la larga, teniendo un dorado final en contraste con otras figuras que desfilan por estas cuartillas.

Menos favorecido humanamente, y desde luego menos celebrado, fue otro colaborador del «Diario», aunque no le faltaron habilidad para componer versos y talento para dar en ellos muestras valiosas de poesía, Pascual Gil Arpa, de familia modestísima, fue mancebo de botica y administrador del periódico. Tuvo muy poca más vida que él, aunque no exactamente en coincidencia de fechas. Es, posiblemente, el mejor poeta local de la época, junto con Benito Muñoz Serrano, éste de linajuda familia pero muy dado a la bohemia y que murió en tierras mejicanas con la tristeza del expatriado de quien en la imprenta del «Diario», cuando el periódico ya andaba moribundo, en 1897, publicó su celebrado monólogo sobre «La Dolores».

* * *

Mas antes de despedirnos del «Diario de Calatayud», obra vista desde hoy venerable y firme, que fue muy útil para nuestras letras y para los intereses de la ciudad y de la comarca, sosteniendo nobles campañas de interés público sobre construcción de ferrocarriles, como el de Calatayud-Teruel-Sagunto; sobre el desvío del barranco de Soria; sobre solicitud de un regi-

miento como guarnición local y construcción del correspondiente cuartel, así como sobre el barrido y riego de las calles, persecución de la blasfemia, pavimentación, arreglo de caminos y carreteras, instalación de fuentes públicas, creación de una biblioteca de este carácter, mercado semanal y exactitud de pesos en el comercio... hagamos un hueco señalado para un suceso cultural que tuvo lugar con la mediación y el apoyo del periódico. En 1880, tirado en su modesta imprenta por cuadernos semanales, para la recepción de los cuales previamente se había abierto una suscripción encabezada por el Ayuntamiento, aparece el que pudiéramos llamar «libro santo» de la ciudad o «biblia» de nuestro destino colectivo: la «Historia de Calatayud», de don Vicente de la Fuente, quien había cedido su propiedad al diario de don Mariano La Hoz.

Obra importantísima, saqueada por cuantos hemos escrito después sobre Calatayud; manoseada y consultada por los amantes y curiosos de esta tierra cuando la hemos podido hallar a mano. Porque los ejemplares de la primitiva edición se hicieron rarísimos, alcanzando altos precios, y lo mismo volvió a ocurrir rápidamente con la nueva impresión realizada por la Caja de Ahorros de la Inmaculada hace poco tiempo. Por cierto que en la nueva salida al público se perdió la gran ocasión para haber mejorado esta «Historia», tan formidable en su mérito pero de la que López Landa dice: «Muchas de las afirmaciones que La Fuente sentó como irrebatibles, examinadas a la luz de la crítica moderna, o sencillamente cotejadas con la realidad, resultan, por completo, insostenibles. Triste es decirlo, pero no debe olvidarse que, por encima de la admiración hondamente sentida y tributada al maestro eximio (llámese don Vicente o llámese Platón), debe estar siempre el culto a la verdad».

Respetando el texto primitivo, que debe ser para nosotros sagrado e intocable, podrían habérsele añadido notas complementarias con lo sabido hoy; aclaraciones y correcciones necesarias; y, sobre todo, un índice de nombres propios que facilitara su manejo, muy penoso a veces para la consulta.

Al publicarse la obra, que don Vicente deseaba llevase su apéndice documental que la enaltecía y acreditaba, buena decepción debió ser para el historiador el que sus paisanos suscriptores rechazaran aquellos documentos latinos, de los que dio setenta y nueve en el primer tomo, amenazando con la posibilidad económica de continuación. En el segundo ya no aparecieron más de dos, seguramente con dolor íntimo de quien quería

ofrecer a las gentes de su tierra aquellas pruebas escritas, para él golosinas de erudito, de lo que fue el pasado.

Don Vicente de la Fuente, de familia acomodada y respetable, rector de la Universidad Central, dos veces académico, quien tanto trabajó hasta su muerte, no fue nunca rico en ese sentido acumulativo de otros patrimonios. Pero es que él jamás dio importancia a esos bienes materiales, los cuales gastó abnegadamente en obras del espíritu, como la soberbia edición facsímil de las Obras de Santa Teresa o en sus muchas caridades y socorros, en cuya práctica de amor cristiano fue modelo, fundando en Madrid las Conferenicas de San Vicente de Paúl.

Seguro de su fe, querido y ensalzado por los humildes a quien tan generosamente socorría, respetado y admirado por la casi totalidad de sus conciudadanos, que aceptaban de buen grado el econtrarse en un nivel de saberes y de ejemplos muy por debajo de los suyos, entregado a un trabajo constante de su agrado y vocación, la vida de don Vicente debió ser muy feliz en conciencia, dentro de lo que cabe en este mundo.

Pero la época de su existencia fue en España una de las más rudas en la lucha de ideas y de pasiones, con muy agrios toques de atención por uno y otro lado, toques que a veces discordaban con la nota de la grosería. Don Vicente de la Fuente se llamaba también de apellido Condón, no utilizando nunca en su firma esa rotunda y popular palabra. Y nuestro Ayuntamiento concedió el que se colocara un poste de piedra, cortando el tránsito de caballerías y carritos por la calleja esquina a una casa de su propiedad. Y un periódico local, trayendo a cuento el olvidado apellido, y dando a entender que la pulcritud de vida de don Vicente era sólo mojigatería hipócrita y base de cacicato ciudadano, resumía así la inocente y pueblerina noticia:

«Esos privilegios no los concede nuestro Concejo más que a los que usan condón...».

* * *

Así las gastaban los enemigos políticos de don Vicente y de la línea ideológica que el «Diario» representaba. Porque a seis años vida de éste se había fundado, en 1883, un diario republicano con el título de «El Eco Bilbilitano». Pertenecía a un republicanismo moderado, y casi diría que aristocrático, que contó con la adhesión de ilustres personalidades locales. La colaboración ciudadana de este diario no era muy importante pero solía servir «Humoradas» de Campoamor, composiciones de Vital Aza y artículos de Manuel Matoses.

Tiempos eran de proliferación periodística en nuestra tierra, porque en 1885 salta a la palestra «La Comarca», con dos ediciones diarias, dirigido en un tiempo por don Juan Pascual del Pueyo y Bueno y en otro por don Alfredo Pallardó Guillot. De modo que en una población tan reducida entonces como la nuestra son tres los diarios que en aquel período se editan.

Es en 1886 cuando surge un diario republicano con el resuelto nombre de «La lucha», mucho más combativo que su antecesor «El Eco». Se declaraba abiertamente anticlerical y su consejo de redacción lo formaban los presidentes de los Comités republicanos locales y del casino de esta ideología. Se propuso tomarle las cuentas del Haber a don Alfonso XIII, como deuda del mismo con el Tesoro nacional; y, cotidianamente, con tenacidad incansable, a la suma arrastrada añadía las diecinueve mil ciento setenta y ocho pesetas con ocho céntimos del devengo correspondiente. «La Lucha» solía insertar un folletín, bien con discursos y propaganda de su ideología, bien con novelas que encajaban en el género que por esa razón se llamó folletinesco.

* * *

Mas llegamos, en esta línea republicana, a tener que tratar de otro de los grandes periódicos de Calatayud y de otro de sus grandes periodistas. El año 1888 sale a la calle diariamente «La Justicia», que se llega a acomodar perfectamente en la vida social e intelectual bilbilitana y es el verdadero oponente de fuerza de los últimos y ya caducos años de vida del «Diario» como luego, durante muchos, del católico «El Regional».

Lo funda Darío Pérez García, un adolescente de diecinueve años, a quien han podido tener ocasión no mucho tiempo antes, por alguna travesura infantil, de estirar de las orejas en la calle los sesudos y ordenados redactores del «Diario». Naturalmente que la adolenscencia inquieta, aguda y política de Darío Pérez no está sola. La arropan y la avalan correligionarios de fuste; fuerzas protectoras en lo económico y en la experiencia.

Pero Darío Pérez comienza con tan buen pulso a manejar el timón de la nave nueva —que tiene su puerto en los bajos de la Barrera de Marcial número 3— que, desde la botadura, promete largos recorridos como los que llega a contemplar su primer capitán, desde lejos, durante lustros.

Porque Darío Pérez, tras su inicio periodístico en los estrechos límites de su ciudad natal, va lejos. Diez años después, bien joven todavía, a la muerte de Luis Montrestuc, fundador

de «Heraldo de Aragón», se hace cargo del importante diario zaragozano. Va a Barcelona, al fundarse «El Liberal» de aquella urbe. Y luego se establece en Madrid para representar en el Congreso, varias veces, a distintos distritos electorales, entre ellos el de nuestra amada comarca, y para continuar en las tareas de informador y articulista desde las páginas del «El Imparcial» —donde fue redactor-jefe—, de «Heraldo de Madrid» y «La Libertad», colaborando asiduamente en otras publicaciones españolas y americanas.

Darío Pérez ingresa con méritos en diferentes sociedades y Ateneos; es caballero de la Legión de Honor francesa; tiene en su ciudad, por la que ha laborado intensamente, una plaza a su nombre... La República le ofrece, en uno de aquellos ministerios que se preveían fugaces, una cartera de ministro. No era lo suyo, pero se intentaba con ello asegurar al viejo maestro de periodistas e idolólogo una remunerada pensión que le librase de la dependencia de los escuálidos derechos de autor de libros, de las retribuciones inseguras y forzadas de los escritos diarios de un hombre cansado... El servidor constante de un régimen al fin en triunfo tras tanta espera, la rehusó. Cercado Madrid, el periodista bilbilitano cumple sus compromisos en «La Libertad» y percibe su salario.

La capital se libera y Darío Pérez queda, entre familiares atenciones que le sirven un pan de amor, confuso; casi encerrado en su domicilio como isla de un mar bravo cuyas olas por todos los lados la rebasaron. Persona anciana y sola, socialmente sin objeto y sin objetivo. En el Ayuntamiento de Calatayud se ha retirado del lugar de honor que ocupara el retrato que le hizo José María Rubio Vergara, representándole junto al paisaje urbano del municipio al que tanto sirviera desde sus actividades y puestos de influencia, y se le ha relegado a una dependencia burocrática.

En esas horas de soledad y abandono, Darío Pérez recordaría sus polémicas familiares con «El Regional» a cuyo director y pariente suyo, don Justo Navarro Melero, no dejó nunca de respetar y de admirar. Y pensaría acaso en el antiguo y tradicional «Diario de Calatayud», sobre el que tanto influyó en su decadencia... También su «La Justicia» había decaído hasta convertirse en semanario y, por último, violentamente se deshizo. Lo dirigieron sucesivamente Florencio Forcén, uno de los primeros redactores del histórico «Diario»; Luciano Pastor; Juan Gualberto Lausín del Carpio; Agustín Pérez-Lizano; Bartolomé Gui-

llén, y, al morir éste, los hermanos Angel y Arturo Guillén, quienes lo conservaban cuando desapareció.

«La Justicia» en sus mejores tiempos fue un órgano democrático leído y comentado en todos los círculos republicanos de España. En sus páginas, además de una información nacional y regional muy variada, se enfocaba la panorámica de muchas cuestiones de interés general, presentadas desde el lado ideológico republicano. Tal vez por eso contó tanto la publicación en el total de la Prensa española de su tono; sin embargo, respecto a lo local y vistas desde hoy, sus páginas resultan menos entrañables que las del «Diario». Sus colaboraciones eran excelentes y bastará citar, entre muchas, las de Joaquín Costa, Blasco Ibáñez, Luis Royo Villanova, Salvador Rueda y Juan Ramón Jiménez. Era muy leída y comentada la habitual sección «Pacotillas» del ingeniosísimo periodista montañés José Estrañi.

Anécdota curiosa en la larga vida de «La Justicia» es que mediado 1891, cerca de cumplir los tres años en que se venía difundiendo, el periódico fue declarado publicación clandestina. Se basaba el juez para su acusación en que al fundarse, no acreditó el pago del subsidio industrial por su imprenta; pero desde la posición del periódico y de sus adeptos, se interpretaba como una maniobra, mediante la cual Darío Pérez, concejal electo, quedaba inhabilitado por proceso para tomar posesión del cargo.

* * *

Entre los números especiales de «La Justicia» destaca el dedicado, así como por «El Regional» (que no pudo ocuparse del óbito por hallarse temporalmente suspendido) al primer aniversario del poeta popular Sixto Celorrio Guillén, conmemorado con un día de adelanto. Para organizar los actos municipales se había formado una comisión, compuesta, además de por los directores de los dos periódicos, por don Antonio Bardají, don Cipriano Luis Aguilar y don Francisco Lafuente, también celebrado poeta popular como el extinto.

Este, don Sixto Celorrio Guillén, merece figurar con todo honor entre estas breves semblanzas sociales de los más destacados escritores. En lo político fue diputado provincial y presidente de esta Corporación; también ocupó escaños en el Congreso y en el Senado, desempeñando el gobierno civil de Granada.

Para mí no hay lugar a dudas de que toda esta vida pública le sirvió de mucho para agrandar sus reconocimientos como

Diario de Calatayud.

LA JUSTICIA

Diario republicano

EL REGIONAL

DIARIO INDEPENDIENTE

DEFENSOR DE LOS INTERESES LOCALES Y REGIONALES

La Derecha

HERALDO BILBILITANO

PERIÓDICO INDEPENDIENTE DE LA MAÑANA

MIRADOR LOCAL

escritor, en otras circunstancias tan dificultosamente alcanzados, y para gozar muy rápidamente de vía pública importante a su nombre, placa en su casa natal y ditirambos floridos.

Bien emparentado, económicamente a cubierto de cualquier penalidad o contingencia, casado de maduro con la viuda de un editor bien situado, la figura simpática y cordial de don Sixto Celorrio, que a todos caía bien, se me aparece como la de un «bont vivant» que se buscó pocas complicaciones existenciales en su no largo vivir y a quien, encima, la posteridad ha favorecido bastante.

Si su virvir no fue largo, todavía lo fue menos su obra. En libro, solamente «Paella aragonesa» y «Jotas», ésta en colaboración con Alberto Casañal.

La «Paella», ilustrada con dibujos del popular baturrista Gascón, puede reputarse como prototipo de un aragonesismo detestable, contemplado en la fruición burguesa de una tertulia de café y con un habano entre los dedos. Porque don Sixto Celorrio, a mi parecer, tuvo mucho de hombre de tertulia, sin pasión vocacional, con ingenio bilbilitano e intención a rebosar en cada palabra; tertulia donde tantas muestras ocurrentes se ha llevado el viento, sin que para sus autores queden lápidas ni coronas.

Sin duda por esa parte de su obra, un diario aragonés de hoy lo ha señalado como anti-modelo para quienes hayan de titularse escritores aragoneses en ese ansiado renacer cultural de Aragón.

Como poeta culto don Sixto Celorrio fue bastante malo. No era ese su modo de ver la vida ni de sentirla. Pero en cambio como poeta popular de coplas tiernas, intencionadas, sabrosas, de una finura rural sin nada de chabacano; campestremente perfumadas como si acabasen de nacer del corazón del pueblo, todavía no tiene rival y es con su muy corto bagaje el príncipe de los autores de esta concreta modalidad. Naturalmente, Celorrio no inventaba nada. Los temas de sus «cánticas» (de las que por cierto Blas y Ubide incluyó algunas en el desarrollo de «Sarica la borda») son temas eternos, «que estaban ahí», pero que él supo matizar, interpretar y traducir. Joteros posteriores han jugado con variaciones de los concentrados aciertos de nuestro paisano, pero apenas les han añadido vigor, ni expresión, ni verdad.

Alguna vez me he complacido en citar entre amigos como modelo de delicadeza baturra, de amor rústico firme y tenaz, esta prodigiosa copla:

«Dispréciame cuanto quieras;
soy como el tomillo, maña,
que lo pisas y lo pisas
y aun prefuma la alpargata».

Pues bien, el pensamiento que encierra lo expresó, muchos siglos antes, un oriental, Hafiz, y habrá pasado seguramente por otras versiones: «El árbol asediado por una lluvia de piedras no deja caer sobre los que las arrojan más que frutos exquisitos o flores perfumadas». O bien: «Aprende de la concha de los mares de Oriente, que llena de piedras preciosas al que desgarra sus costados».

El lenguaje, la situación, sin embargo, son completamente distintos. El gran acierto de Celorrio consiste en dos palabras; no en la tosquedad del «dispréciame» y del «prefume», sino en ese «tomillo» y esa «alpargata». Ya estaba hecha, con una idea eterna y hasta refinadamente oriental, una jota preciosa y naturalísima, salida de nuestro sentimiento y modo como de la carne y el alma de un aragonés.

* * *

Hay, fundada en 1899, una publicación titulada «El Menú» de la que no puedo ofrecer detalles. Ni un ejemplar ha llegado a mis manos, pero tengo además muy pocas referencias de la misma. Por el título puede ser una revista para señoras y cocineros o bien de fondo humorístico.

Basta citarla, ya que el tiempo apremia, para pasar a «Dios, Patria, Rey» y «El Baluarte Bilbilitano»; el primero semanal, de 1893, adscrito al partido que se desprende de su título; el segundo, de 1899, «bisemanario católico independiente», publicado en defensa de la histórica religiosidad del pueblo español, pero sin tomar parte en la política activa.

«Dios, Patria, Rey» se publicaba con el permiso del excelentísimo señor marqués de Cerralbo, delegado en España de don Carlos de Borbón; y el blanco predilecto de su iras no era el republicano «La Justicia» sino el conservador y veterano «Diario de Calatayud», órgano católico según su biografía y la de sus redactores, a los que, no obstante, acusaba de estar contaminados de las herejías políticas de los tiempos liberales, llamándoles «mestizos» y echándoles abruptamente en cara el que, teniendo antecedentes carlistas, se hubiesen adaptado cómodamente a una monarquía parlamentaria.

«Dios, Patria, Rey», dirigido por el maestro nacional don Manuel Comellas, no tenía imprenta propia y se tiraba en los talleres de «La Justicia», desde donde se apoyaba al semanario, en parte por complacer al cliente, en parte por la pureza de sus pocos efectivos ideales, que le hacían ser enemigos de mucha menos consideración que lo era el «Diario».

Los pequeñajos alumnos de don Manuel, que por encargo de éste iban a «La Justicia» a recoger las pruebas del santoral del día y de los arrebatados artículos en defensa de la fe más medievalista, que recitaban en clase el Catecismo y rezaban la letanía, debían quedar horrorizados con las bromas intencionadas de aquellos obreros anticlericales y poco refrenados de palabra.

«El Baluarte Bilbilitano», cuyo propietario y alma era el tipógrafo don Matías Latorre, no logró larga vida ni influyó demasiado. A veces, para rellenar sus páginas, recurría a selectos trozos de literatura clásica española. Y esto, que no puede ser menos periodístico, tenía al menos mayor belleza y valor que la mazorral prosa del propio señor Latorre, una de cuyas muestras, publicada con el título de «Verdades amargas» recogemos:

«Quisiéramos tener la paciencia del Santo Job para nada decir y todo callarlo, pero no la tenemos y esa es la causa de que hablemos, porque si no llegaría un momento en que la bilis nos ahogaría y el que se desahoga descansa.

¿No es sensible que tengamos que recurrir, como nos ha sucedido, para dar una noticia de cierto reciente nombramiento interino al periódico republicano local, porque no podemos ir a pedirla y porque no tengamos quien nos la mande?

¿No es de lamentar que haya católico que haga alarde de que se ha dado de baja a nuestro periódico para suscribirse a «La Justicia», como nos asegura un amigo, y que no contento con eso trate de restarnos abonados?

«El Baularte Bilbilitano», editado en la «Imprenta Católica de Latorre y Larroca», en la plaza de la Comunidad, solía insertar la vida de los Santos, los cultos de la ciudad, y, cuando se producían, las Pastorales del obispo de la diócesis.

* * *

Y veamos ya aquí a un gran periodista de corte quijotesco, en su alma y en su figura, la cual recordaba la de los grabados del héroe castellano de Gustavo Doré. Un gran profesional que, a diferencia de otros, no quiso salir de su ciudad consumiendo en ella su vida incansablemente escribiendo. Cuando murió, el 16

de junio de 1945, en el dorso de su esquela, en la que el título de periodista figuraba como máximo honor y única vanagloria, publicó don José María López Landa un artículo, escrito al calor del momento penoso:

«La figura de don Justo Navarro Melero, quedará seguramente como un ejemplo destacante y muy preclaro de virtudes que en los días que vivimos no son nada corrientes y casi nos cuesta verdadero trabajo comprender, no imitar...

La actividad de mi llorado amigo se ejercitó principalmente en la noble labor docente y en las lides periodísticas. Sus campañas durante muchos años en la Prensa como director de «El Regional» y otros periódicos que él mismo fundara, e igualmente, hasta sus últimos días, como corresponsal de «El Noticiero», muestran bien sus singulares aptitudes, la extensión de su saber, sus dotes de formidable polemista —siempre digno, correcto, fino y caballeroso— y sobre todo la agudeza y donosura de su ingenio, netamente bilbilitano, por venir en línea recta de Marcial y de Gracián. Y si a esa misteriosa influencia de nuestros más ilustres escritores de otros tiempos debía su agilidad mental y su gracejo —por todos reconocidos y alabados— todas sus campañas, todos sus esfuerzos, tendían a favorecer y engrandecer a este Calatayud de sus amores. Por él y para él, durante toda su vida, ha sido desde las columnas de la Prensa un infatigable sembrador de ideas felices, de proyectos beneficiosos, de mejoras locales de evidente utilidad. Sobre todo, en cuanto pudiese redundar en pro de las clases más humildes, por las que sintió siempre no una simpatía vaga, meramente mental o de huero y ensoñador romanticismo, sino un amor práctico y eficaz, intenso y hondo, nutrido e impulsado por la sublime predicación de nuestro Divino Maestro y las enseñanzas infatigables de la Iglesia...».

Nos hemos aprovechado de fragmentos de aquella semblanza que, sin concretos detalles biográficos, nos dan el perfil humano de su personalidad. Luchó don Justo mucho, y se enfrentó a veces con pavorosos problemas económicos a causa de lo poco rentable de sus constantes empresas periodísticas en ciudad tan pequeña como la nuestra.

Fundó «El Regional», diario independiente defensor de los intereses locales y regionales, en 1904, publicándolo con censura y aprobación eclesiásticas y respetando el descanso dominical, entonces no establecido para la Prensa, cosa que ya había hecho el «Diario». Mucho tardó todavía en implantarse ese descanso que estableció la Dictadura, con la oposición de «A B C» que

abogaba por turnos rotativos con descanso semanal de los periodistas pero publicación en los siete días de la semana.

De «El Regional», entre otras muchas cosas, son dignos de recordación los espléndidos extraordinarios de Semana Santa, muy por el estilo e influencia de los que editaba «El Correo Español», de Madrid, dirigido por el gran periodista de Molina de Aragón don Domingo Bolaños, «Eneas». Colaborador distinguido de alguno de aquellos extraordinarios y de otros números, era un periodista bilbilitano de gran ciencia jurídica y social que llegó a ser director de «El Noticiero», de Zaragoza, y cuyo nombre llevan hoy uno de nuestros grupos escolares y el ambulatorio del Seguro de Enfermedad: don Salvador Minguijón Adrián.

Colaborador constante de «El Regional», desde sus inicios a su desaparición, fue don Jacinto del Pueyo Higueras, quien pasó por el mundo franciscanamente, yo creo que sin enterarse de muchas cosas desagradables de esta vida, haciendo versos clásicos y plúmbeos y vistiendo a la moda y uso de la época dorada en que publicaba sus primeros trabajos en el «Diario de Calatayud».

Entre los colaboradores de carácter nacional de «El Regional», podemos espigar los nombres de Concha Espina (que por 1913 firmaba todavía con el marital «de Serna»), José María Gabriel y Galán, Cirici Ventalló, etcétera.

Dos sacerdotes jóvenes, entre otros, apoyaron mucho con sus plumas a don Justo Navarro en sus empresas. Don Angel Marco Ibáñez y don Joaquín San Nicolás Francia, quien en el periódico publicó muchas poesías con el anagrama «Franconi». Obtuvo éste la Flor Natural en los Juegos Florales de Tarazona de 1928, y «El Regional» editó una hoja como adición al número 7.392 en la que ofreció, orlado de guirnaldas, el poema triunfal. San Nilás Francia, que hoy también tiene calle en Calatayud, fue el poeta del Alzamiento nacional desde las páginas de «Heraldo de Aragón», con un éxito popular enorme. Sus poemas se recortaban y se guardaban; y a su hermano Carmelo, también destacado periodista, le oímos decir, que en un viaje a Australia tuvo la emocionante sorpresa de ver en casa de un aragonés, creo que casado con una nativa y desde luego con hijas allí nacidas, el reocrte de un poema de su hermano —dedicado a no sé qué monumento, aspecto o paisaje de Aragón— lujosamente enmarcado, protegido por un cristal y puesto en lugar de honor de la vivienda.

Don Angel Marco Ibáñez, especialmente cuentista aragonés y

hombre de bastante carácter, marchó hondamente amargado de Calatayud. Tras publicar su última obra, que nosotros sepamos, «Machado, Soria y Leonor», dijo a un paisano de su confianza: «¿Cuántos amigos crees que tengo en Calatayud?».

—«No sé; yo creo que tendrá usted muchos, don Angel»...

—«Seis amigos. Seis ejemplares se han vendido de mi libro».

Entre las muchas vocaciones, ya más o menos encarriladas que potenció «El Regional» y los periódicos que dentro de la misma empresa le siguieron, figuran las de tres empleados de sus talleres, quienes destacaron más tarde, principalmente en la poesía: José María Muñoz Callejero, Angel Raimundo Sierra y Silvestre Sierra Rubio (q. e. p. d.).

El domingo, primero de enero de 1933, ahogado por dificultades económicas y políticas, se despidió para siempre «El Regional» de sus lectores con un alarde periodístico como no se había conocido en Calatayud concretado en un número extraordinario —que hacía el 9.210 de la publicación— de treinta y seis páginas de buen tamaño. Ese vigor en su despedida, más propio de una iniciación esperanzada o de una conmemoración feliz, cambiaba, sin embargo, el clásico refrán, diciendo tácitamente: «Año nuevo, muerte nueva».

Don Justo Navarro Melero, cuyo nombre también lleva una vía pública de la ciudad, había sido encarcelado meses antes, al igual que su hijo, don José María, jefe de redacción, que ya lo fuera también en ocasión anterior. Todavía hoy no puedo leer sin íntima y emocional torpeza, aquel artículo de despedida: «...el último que voy a escribir para mi idolatrado periódico, constituye la fe de óbito que le extiende el mismo que supo darle la existencia, mirando a un ideal levantado y lleno de esperanzas que han quedado marchitas por necia incomprensión y malsanos egoismos... Me acusa la conciencia de un pecado que con frecuencia solemos cometer los que abusamos de la pluma en provecho ajeno desatendiendo el nuestro propio, y del cual quiero arrepentirme en este mi último artículo. Si por exceso de elogios inmerecidos y alabanzas desmedidas he podido contribuir durante mi larga vida de conductor de multitudes, a labrar pedestales que no debieran ser ocupados; a dar títulos de próceres a pobres ingenios que salían sólo dos palmos escasos de la tierra; a enaltecer la petulancia humana...»

* * *

Mas volvamos a la miscelánea de títulos que rápidamente desaparecieron y de los cuales quedó poca huella en la ciudad. Entre ellos «El Rayo», fundado en 1917, sin ejemplar conocido por mí. Creemos que fue semanal —de muy pocas semanas— y que lo dirigía un zapatero de profesión; otro tanto puede decirse de «La Luz», que la vio el 18 de mayo de 1919, y que regentaba un sastre. Se declaraba «semanario defensor de las clases oprimidas» y divulgaba en su cabecera la consigna de Carlos Marx. Ni siquiera tuvo imprenta en Calatayud y se tiraba en la «Social», de Zaragoza. Nuestra ciudad no estaba entonces por este tipo de excesos.

Entre ambos títulos, aparecida el 1.º de enero de 1918, figura la «revista mensual de Agricultura y Economía doméstica», «Campo y Hogar». De muy pequeño formato y tan especializada como puede deducirse, llegó a vivir unos dos años. La fundó y condujo don Cipriano Luis Aguilar, con la devota colaboración de su hijo político don Luis Sebastián Cebrián, quien atendía a las tareas administrativas, publicando allí varios cuentos para la familia, entre otros, don Fausto Navarro Azpeitia. Alguien, no sé si imaginativamente o con fundamento, me insinuó que don Cipriano, hombre de vastos conocimientos, principalmente se proponía, cubriendo los escasos gastos de entonces, crearse una importante bibliogteca de agricultura con los libros recibidos gratis, al par que hacer propaganda de los productos de su farmacia. Todo esto me parece exagerado, pues tan modestos fines no justifican el esfuerzo de atender a una revista, aun siendo mensual y pequeña, y además las noticias y críticas de libros que figuran en sus páginas no son numerosas.

* * *

Empresa basada precisamente en la propaganda mercantil, pero digna en extremo y que ya quisiéramos para nuestros días, demostrando lo fácil que era entonces gastar el dinero en hojas periodísticas, fue la de «El Valiente», adecuado título para su propósito, que tiraba quincenalmente dos mil ejemplares repartidos gratis por toda la comarca, siendo por esta circunstancia el de mayor circulación en ella. Se llamaba «órgano defensor de la industria y el comercio» y lo editaba «La Casa Azul», almacén de tejidos de Ferraz y Lacambra, situada en Dato, 15 y Dicenta, 2, donde hoy se encuentra «La Parisién». Nació en 1921 y allí colaboraron las mejores plumas bilbilitanas. Si por su periodicidad no era muy apto para transmitir noticias, en compensación

brillaba en lo literario e intelectual siendo hoy, todavía, por esa escasez de pasión y temporalidad, una de nuestras viejas publicaciones más gratas de leer.

* * *

Sobre un año después del nacimiento de «El Valiente» apareció un semanario, igualmente de rango culto y promovido por clases acaudaladas de la ciudad. Se titulaba «La Derecha» y parecía haber heredado el tono selecto y erudito de la antigua «Hoja Literaria» del «Diario de Calatayud» e incluso alguno de sus hombres, todo ello con tono más moderno.

De «maniobra» ha sido calificada la creación de este semanario, recientemente, por quien vivió la época desde la atalaya de un diario de la misma orientación política. No podemos pronunciarnos por carecer de elementos suficientes de juicio.

Lo cierto es que «La Derecha» tuvo por director a una persona ilustre en su especialidad, pero que en el aspecto periodístico nos da un poco la sensación de «hombre de paja». El músico y musicólogo aragonés don Angel Mingote, padre del genial dibujante Angel Antonio. El semanario, pese a la categoría social de sus impulsores, fracasó económicamente.

Y creo que es, llegando a este punto, aunque pudiera haberlo hecho mucho antes por su larga permanencia en los menesteres y empresas de la cultura bilbilitana, cuando debo ocuparme de otra ilustre figura: Don José María López Landa.

Tan cerca aún se halla de nosotros su vida física que muchos, sin traspasar todavía la madurez de los treinta y cinco años, pueden recordarle con claridad. Y esa cercanía y el especial significado que su magisterio tuvo para mí, hacen particularmente difícil su tratamiento dentro del estilo propuesto para la conferencia.

López Landa fue lo que en las antiguas «guías comerciales» se denominaba «propietario»; clase a extinguir, tal como van las cosas, si hemos de entenderla como único medio de vida. Para López Landa si lo fue, pese a su título de abogado que no llegó a desempolvar, lo cual lo proclama como hombre sin problemas económicos, sostenido con largueza por su propiedades y rentas de muy diverso tipo. Hombre soltero, apasionadísimo por los libros, en los que invertía constantemente cantidades de dinero que para él no era preocupación absorbente, ese amor de bibliófilo le llevó a fundar la Biblioteca «Gracián», una de las mejores obras de su dedicación cultural hacia Calatayud, a la que tantos

recordamos con cariño y donde muchos hicimos nuestras primeras armas ante el público oyente en sus periódicas conferencias.

La biblioteca, con aquel su estilo erudito, su empaque tradicional y gran parte de sus importantes fondos antiguos, desapareció en una aciaga inundación poco tiempo después de la muerte de su fundador; y, luego, hasta terminó como edificio al convertirse en uno de los mejores solares del Calatayud de hoy.

Con ello desaparecía también un vestigio gráfico que los enemigos intelectuales de López Landa, que le atacaron con particular virulencia en los últimos años, exhibían como muestra de la vanidad y el orgullo de mi viejo maestro. En el salón noble de la biblioteca figuraba, en lo alto, un friso de medallones recortados por coronas pintadas de laurel, en cuyo interior se inscribían los más ilustres nombres de los numerosos escritores bilbilitanos. Solamente uno permanecía entre todos sin inscripción, precisamente el de encima de la entrada. Decían que López Landa se había reservado aquel lugar juzgándose de antemano, al menos como fundador de la propia biblioteca, merecedor de aquella inmortalidad al aceite...

Pero los designios de Dios son impensables para los hombres, por mucho que en nuestro interés contribuyamos a facilitarlos. Desapareció la biblioteca, desapareció el friso rotulante, y el recuerdo de López Landa, con avenida a su nombre, vive como mejor podía hacerlo: en el recuerdo de discípulos como el que os habla, en actos colectivos como el de esta tarde y en sus obras, ahora buscadas con verdadero afán y altos precios, cuando en vida las editaba sin ánimo de lucro, para regalo, y siempre quedaban en su casa verdaderos montones de muchos de sus variados folletos.

Y al emplear la palabra folleto, con lo que parece tener de menor y transitorio, debo recoger otro aspecto que también se le reprochó: el de no haber dejado, en términos generales, la obra que podía esperarse de su talento, de su formación y del tiempo disponible en un hombre vocado a las letras y que no precisaba de ganar el pan de cada día con la hipoteca, normal para todos, de muchas horas de jornada. López Landa era más que nada un «dilettante» y acallaba su conciencia con trabajar, a su aire, dos o tres horas mañaneras en su amada biblioteca, preparando conferencias u otras obras menores, cotejando libros, tomando notas eruditas, recogiendo máximas morales o contestando a su nutrida y selecta correspondencia. Recuerdo que cuando se ufanaba de la tarea —que naturalmente abandonaba, aunque procuraba no hacerlo, ante algún imprevisto o

una molestia física— a mí, sometido con desgana a estudiar temas que no me placían y a pasar varias horas en una academia, me indignaba, y con el máximo respeto, en ocasiones le mostraba mi disconformidad.

Porque quiero decirlo claramente, si ya no ha podido verse a lo largo de esta charla: para mí el único Maestro impecable es el Salvador, y en ese sentido quiero ver a mis maestros como hombres para amarlos más y más profundamente; para recordarlos con más ternura en lo que tienen de semejantes míos y aprendiendo tanto de sus aspectos positivos, con emulación, como de sus carencias, para evitarlas, si precisamente dentro de esa igualatoria condición humana me es posible.

Y en este sentido quiero recordar un pasaje de la vida de mi ilustre maestro de tantas cosas, en el cual me ví mezclado y que nos distanció por algún tiempo.

Se había hecho la propuesta de nombramiento del autor teatral José Muñoz Román como hijo predilecto de la ciudad. Era una de esas propuestas en las que juega el cariño y la vinculación familiares y también el buscar apoyos indirectos para el pueblo, basados en la vanidad y el agradecimiento de los hombres. Porque entonces Muñoz Román era una figura madrileña de mucho brillo, con trato directo con periodistas, políticos y otras gentes del centralismo de la capital que en algún momento podrían favorecernos.

Mi maestro, que ya era hijo predilecto, puso el grito en el cielo ante la proposición, negándose en rotundo a compartir aquellas migajas de gloria local con el autor de «Las Leandras». En su compañía, como acólito avergonzado, visité al ya muy anciano don Antonio Bardají —que compartía con López Landa el nombramiento—, al vicario, don Teodoro Uriarte y a otras cuantas personas que pudieran oponerse al nombramiento; López Landa no quiso aplicarse en su sosiego aquello de «adonde quiera que yo me siente estará la cabecera».

Le advertí de los muchos disgustos venideros, aparte del abultado sofoco que ya tomó, que le iba a ocasionar todo aquello, como el tiempo vino a confirmarlo; pero mis tímidas advertencias, como las razones de un padre calculador ante un hijo obcecado, aunque el caso por la edad fuera al revés, solamente sirvieron para que mi maestro me declarase, si bien de modo pasajero, como miembro de las filas de sus enemigos y provocadores.

Tras todo esto se desató contra López Landa una campaña atroz, que tal vez le acelerase la muerte, ya agazapada en su cerebro. Hasta se llegó a decir de él en letras de molde que era un

sabio de almanaque. Y quienes lo decían no andaban faltos de razón, ya que don José María guardaba todo papel impreso —el papel, que se rompa él, era su lema— y lo mismo de un sesudo infolio que de una hojita de calendario acarreaba máximas y sentencias, refranes y pensamientos para su «Collectanea Magna», obra mayor en su aspecto, que no llegó a imprimir, como tampoco completa la «Historia de Calatayud para escolares», ocasión de otro de sus disgustos, que pronto verá la luz gracias a unos amigos que veneran su memoria. Sus escritos, si son menos de los que pudo dejar, resultan impresicndibles para conocer hombres y valores de Calatayud, hechos y pensamientos.

López Landa, que puede ser considerado el hombre bilbilitano del noventa y ocho, por gustos estéticos, edad y forma de desarrollar su vida, tuvo un declinar amargo, no sólo por la natural decadencia del cuerpo sino también, en su bien adoptado papel de figura intelectual representativa, por los ataques que se le lanzaron, por las polémicas (entre ellas una sobre el blasón de Calatayud que ya muerto falló en favor de su tesis la institución académica) y por lo muy acremente que se le discutía. Pero López Landa dejó discípulos. Ejerció la enseñanza desde el aula en breves épocas excepcionales. Mas lo suyo, como en la escritura, era, digamos, la enseñanza por libre, la enseñanza peripatética que tanto gustaba de ejercer y tanto gustaba de mencionar. Las largas caminatas, los descansos fecundos, los ejemplos, las propuestas de trabajo en un clima de amistad sin muchos compromisos... Cuántas veces, ante el asombro de un viejo agricultor jubilado, lanzaba en la plaza, con voz tonante y teatral gesto, una cita en latín o unos redondos versos franceses. Con ello tal vez cultivaba, inocentemente, su fama de sabio al que respetaban a distancia los humildes, sin comprenderlo ni sentirlo. Pero más que estas expansiones de local vanagloria gustaba de conversar con hombres, casi todos de fuera de la ciudad, que le comprendían en profundo: su condiscípulo Valenzuela La Rosa, su inolvidable Leopoldo Torres Balbás, su fiel Juan Moneva y Puyol o multitud de monjes eruditos y teólogos.

En su ancha casona de soltero —libros y rosario en su mano— fui la última persona extraña al hogar que le vio vivo. Habíamos charlado de temas transcendentes y emotivos. Diez minutos después, antes de llegar a mi domicilio, aunque no me avisaran hasta las primeras horas del día siguiente, caía fulminado. Para mi yo de entonces, todavía con los padres vivos y viendo nacer a mis primeras hijas, fue saber de repente que la muerte existía, que era cierta su sombra.

Al escribir estas notas, tuve sobre mi mesa de trabajo uno de sus folletos, precisamente el que él dedicara a la memoria de Blas y Ubide. Lleva una dedicatoria, sin fecha, en la que, escrita con su letra clara, se lee: «A mi futuro biógrafo Pedro Montón Puerto, en prueba de cariño, y como vil pelotilla (subrayado) a fin de disponer su ánimo para el día de la apoteosis».

No necesito yo de esa *pelotilla* con la que humorísticamente me predisponía. Cuando alcance tiempo y reúna más documentos, cuando su recuerdo vivo se haga insufrible dentro de mí, ganando claridad y experiencia precisamente con la lejanía, me pondré a la tarea. Y lo haré también sin *pelotilla* y sin adobos. Será como volver a estrechar su mano de hombre, hombre que junto a Dios se sonríe de las antiguas debilidades del hombre viejo, y decirnos los dos: «¿Vamos a escribir, don José María? Aquí está su obra y su vida que yo quiero escudriñar y poseer mejor que lo hice». —«Escribe, pues, escribe...» —«Aprendo, maestro, aprendo...».

* * *

Hora es, al llegar a este punto, de ocuparnos de la revistas satíricas y humorísticas, con caricaturas y dibujos y un porcentaje mayor o menor de literatura seria, que conocieron su apogeo más o menos durante el período de la Dictadura hasta los primeros años de la República.

La primera fue «El Lorito», de 1923, de la que no poseo ejemplar pero he llegado a ver. En su cabecera traía un lorito en un trapecio y creo que la dirigía el dibujante Jesús Gargallo. Agradecería a quien los sepa que se me faciliten datos sobre esta publicación, publicación a la que, en su tipo, siguió «El Gato Negro», dirigido por José Nogueras —primo hermano del forjador Pablo Remacha, violinista y hombre muy dado al arte— fundado en 1926 y que se ilustraba con dibujos del mencionado Gargallo. Tras él, ya en 1931, «Vicor», el de mayor porte de este estilo, con muchos universitarios en su redacción que respondía a estos nombres, bajo la dirección del catedrático del Instituto López Juanes: Marcelo Catalá, Benito Herrero, Juan Cruz Melero, Luis Martín-Ballestero y José María Benavides.

Muy popular fue «El Ganso», fundado meses después y desde el que se entablaron donosas disputas con el mencionado «Vicor».

En el terreno religioso, casi todas las publicaciones de este tipo lograron larga vida. Tal «Albores», fundada en 1925 por la

Congregación Mariana, popularmente conocida por «los Luises», que prolongó su vida hasta bien entrados los años sesenta. Durante mucho tiempo fue la única publicación local y en las diversas épocas que conoció, tal vez la de más interés en un terreno informativo general, fue la del tiempo en que intentamos ampliarla de su carácter de órgano específico José María Ramírez de la Fuente, Luis Andrés Hernández y el que tiene el honor de dirigirles la palabra.

«Reina y Madre», publicada por los Hijos del Inmaculado Corazón de María para los archicofrades, llegó a ser también muy veterana, comenzando la comunicación con los lectores en el año 1929.

De vida fugaz, ya que solamente se destinó a cumplir la labor propagandística y ocasional que su título indica, fue la hoja conmemorativa «Tercer Centenario de la Esclavitud de Nuestra Señora de la Peña», del año 1949, que alcanzó ocho números con los que cumplir sus designios.

* * *

Como revistas de carácter eminentemente literario, tenemos en febrero de 1935 la aparición de la mensual «Fortaleza», dirigida por la poetisa gallega, radicada entre nosotros, Herminia Fariña, con muy pocos números en su haber; y «Atalaya», que bien puede decirse su continuadora en formato, orientación, colaboradores y hasta en el significado parejo del título, nacida en septiembre del mismo año y de vida más corta todavía que la anterior.

En publicaciones juveniles contamos con «Afán», boletín de órdenes del Frente de Juventudes, de 1945, que dirigió el hoy padre claretiano Enrique Arenas y donde colaboramos toda la juventud con inquietudes literarias de la época, recordando entre ella ahora a Víctor Orera y al mencionado Luis Andrés. «Jalón», escrita y dirigida por alumnos y ex-alumnos del Instituto de Enseñanza Media «Miguel Primo de Rivera», y cuyas almas han sido, en sus diferentes épocas, los catedráticos José Montero Padilla, Gregorio Jiménez Salcedo y Juan Cruz Melero. «Bílbilis», hecha en multicopista por los alumnos de la Resdencia Juvenil de Calatayud de la Ciudad Escolar Pignatelli, como también por este procedimiento «Despertar», de la Delegación local de la Juventud, que tiró ocho números entre 1974 y 1975 con el esfuerzo principal de Antonio José Estevan Baringo, Raúl Fernández Moros y el fotógrafo Carlos Moncín.

Y, para procurar consignarlo todo, y ya que el fútbol tiene tanta incidencia en nuestras ciudades de hoy, abramos el registro para dejar pasar a «Calatayud deportivo», hojita de 1968 editada por nuestro Club y que no prosperó, y la actual «Deportivas», cuya principal misión es informar de los resultados del grupo en el que el Calatayud juega y servir a los apasionados la quiniela de la jornada. De estas publicaciones ha sido el creador Benito Monge Llorente.

* * *

Algunos periódicos importantes hemos dejado todavía por mencionar: «La Democracia», fechado en Ateca pero impreso en Calatayud donde en realidad tenía su razón de ser, para toda la comarca, y que duró de 1930 al 31. «Hoy», diario democrático de la mañana, aparecido en noviembre de 1931 con aire moderno y fundado por José María Rubio Vergara. «Vanguardia», único diario de la tarde que hemos conocido entre nosotros, editado por la empresa del desaparecido «El Regional» en 1933. Se trajo para dirigirlo al periodista Antonio de Llanos, que ya había colaborado desde Santander en el otro periódico, y quien escribía algunas secciones muy leídas, como la titulada «Bengalas». Pero acabó tan enfrentado con los propietarios que hubo de refugiar su pluma en la revista «Fortaleza», al cesar en el diario, y escribiendo una hoja única titulada «Reportaje sensacional», con motivo de la elección de «miss», donde refleja su amargura y desengaño. De su artículo de despedida recordamos: «Cuando vine a Calatayud ofrecí a los bilbilitanos un saludo cordial; durante mi estancia entre ellos les brindé mi humilde esfuerzo para luchar por sus ideales; ahora que marcho lejos de ellos les entrego mi corazón como testimonio de gratitud a las inmerecidas atenciones, delicadezas y pruebas de afecto que siempre me otorgaron».

En el mismo año 1935 en que «Vanguardia» terminó su vida, nació en el mismo nidal de aquellos veteranos periodistas, el bisemanario independiente de la mañana «Heraldo Bilbilitano». Vivió hasta muy entrada la guerra civil y es la última publicación de frecuente periodicidad que hemos tenido.

* * *

Sé que estoy pecando de prolijo pero no quiero pecar de injusto. Y por ello debo consignar otros medios de información

que no sirviéndose de la letra impresa han tenido en la ciudad vida y audiencia.

En primer lugar la emisora «Radio Juventud de Calatayud», como se denominara en su período más brillante perteneciendo a la «Cadena Azul de Radiodifusión».

Comenzó sus emisiones en onda media por septembre de 1971. Con anterioridad, durante un largo tiempo, emitió crónicas e informaciones locales conectando con «Radio Juventud de Zaragoza» en concepto de filial, denominándose «Radio-Estudio en período de pruebas». Cuando fue transformada, por orden gubernativa, para el empleo exclusivo del sistema de frecuencia modulada, decayó notablemente en sus ingresos, pasando en 1969 a ser propiedad municipal con el nombre de «Radio Calatayud-La Voz del Jalón», cesando en sus actividades por su dificultosísima marcha económica en el primer trimestre de 1971.

Actualmente, con un estricto estudio de sus posibilidades y dentro de la modestia que aquellas permitan, parece que va a ser reactivada, ya que las instalaciones se conservaron en buen uso, por el Centro de Iniciativas Turísticas.

El segundo de estos medios periodísticos es la revista hablada «Bílbilis», venida al mundo en 1958 con singular éxito; y que, tras una etapa de silencio, reapareció a finales de 1974 al amparo, como lo hizo la primera vez, del Centro de Estudios Bilbilitanos. Mañana, Dios mediante, en una audición especial, tendrán ocasión ustedes de conocer, si ya no lo hicieron en el propio Calatayud, esta modalidad de nuestro periodismo de hoy.

* * *

Y no quiero que falte tampoco, para que el estudio sea completo, una mención siquiera de aquellos que ejercieron el cargo de corresponsal en la Prensa y Radio de esta Zaragoza; al menos en los nombres que han llegado hasta mí y pidiendo disculpas por omisiones y olvidos. Ocupación difícil, modesta, penosa por enciclopédica dentro de su humildad, que acarrea el enfado del prójimo muchas veces, pero que difunde el nombre de Cayatayud en esta provincia, relata sus acaeceres cotidianos, opina o sugiere y que yo ejerzo, sintiéndome muy honrado con ello, para «Amanecer» y «Radio Nacional de España».

Entre esos corresponsales, tal vez incompletos, pueden contarse a lo largo del tiempo por «Heraldo de Aragón» don Francisco Laíno, don Mariano Aguilera Hernández (modesto empleado municipal, beneficiario de la política, a quien en periódicos

opuestos apellidaban «alto empleado» con sorna por su monumental talla), don Angel Genis y don Angel Alonso Genis; por «La Voz de Aragón», don Andrés Ruiz Castillo (hoy profesional en el Heraldo») y don Jesús Martínez Fraile; por «El Noticiero», don Justo Navarro Melero, don José María Navarro Círia y don Luis Andrés; por «Aragón-Exprés» y «Zaragoza Deportiva», don José María Joven Menés; por «Pueblo-Aragón», don Antonio Sánchez Portero; y por «Radio Zaragoza» don Jesús Martínez Muñoz. Mis antecesores en «Amanecer» y en «Radio Nacional de España» fueron, respectivamente, don José María Gartín y don Fernando Mármol.

Y, para terminar, pido a nuestro alcalde, aquí presente, que tenga paciencia con nosotros. La vida intelectual y periodística —ya se ha visto— en una ciudad como Calatayud no es fácil. El hombre de Letras es dubitativo, vanidoso a veces, despreocupado y bohemio otras, infantil en el fondo para andar por la vida. Y cree muchas veces, y muchísimas veces con razón, que la sociedad le paga mal y sin embargo premia a otros más blandos y mediocres; a aquellos que se contentan no con ser leídos, estimados y comprendidos por los suyos dispuestos a escucharlos, sino que se satisfacen con una banda de seda que se arruga y con una medalla que se abolla.

A nuestras intemperancias, a nuestros nerviosismos de impotentes con la palabra, a nuestras dudas, incertidumbres, desasosiegos e insatisfacciones, frutos que cosecha siempre el compromiso intelectual, tú, intelectual también por tu carrera universitaria y por tus inclinaciones, respóndenos con una sonrisa comprensiva. Esa sonrisa que sin duda tendrías, al perdernos por el relajante túnel del tiempo, en la fecha del 19 de junio de 1931 en el que nuestro viejo y entrañable «El Regional» publicaba la noticia de que el niño Pepito Galindo Antón había tomado por primera vez el Pan de los Angeles en el Monasterio de Salesas.

Y con esta nota final, cumplo con un rasgo que muchas veces se nos reprocha a quienes nos movemos en el periodismo, pero que está en la misma esencia del quehacer de la profesión: el de ser indiscreto.

Muchas gracias.